



**Azorin**

## **Siglo XVII**

Un pasillo largo y ancho, de paredes blancas, con piso de ladrillo rojo, sumido en la penumbra; al cabo de este corredor, una puerta por la que sale viva luz; en la penumbra resplandece la franja vívida que hace la luz entre la puerta y el mareo. Puerta de una sola hoja, y esta hoja labrada en cuarterones: unos cuadrados y otros cuadrilongos; cuadrada también la puerta. Dentro del aposento, una alfombra gris con ramos morados; ante la mesa de recio nogal, un caballero, y junto a la ventana, una señora. El traje del caballero, negro, de terciopelo, y el de la señora, malva, de seda. En una silla, un sombrero ancho con un diamante en el cordón o cintillo. La ventana da a un patio, y el patio comunica con el zaguán de la casa por un arco. Hay en la estancia leve olor de ámbar: en la mesa, junto a un libro, se ven unos guantes con ámbar adobados. Si subiéramos al desván, podríamos otear, por encima de los tejados, el panorama de los alrededores de la ciudad: árboles, un río, el Pisuerga, que corre entre la verdura, huertos frutales, cuadros de flores; en el horizonte, una línea baja de montañas. Silencio profundo; en el silencio, dos sensaciones capitales: el perfume de ámbar y el brillo del diamante en lo negro del sombrero. Se oyen las campanadas de una hora. A las dos sensaciones consignadas, tal vez se pudiera añadir otra: la atención con que el caballero lee el libro y la nervosidad con que la dama revuelve papeles en un escritorio.

-Bonita fiesta la de anoche. ¿Verdad? -dice la señora.

-Sí, bonita -contesta el caballero sin levantar la vista del libro.

-¿Hablaste con el rey?

-Unos momentos.

-¿Cómo lo encontraste?

-Cansado.

-¿Cansado o triste?

-Cansado; hablé con él de madrugada.

Creí verle toda la noche triste.

-No; cansado; cansado de todo el día y toda la noche.

El caballero pasa una página del libro; llega el campaneo lejano de una iglesia; un rayo de sol que entra por la ventana; está ya, al cabo de media hora, un poco más separado de donde estaba antes. Las carnes rosadas de un cuadro de Caravaggio que pende en la pared, frontero a la mesa, han comenzado, con el declinar de la tarde, a ser menos vivas.

-Lees con mucha atención -dice con cierto retintín la señora.

-Sí, con mucha atención -contesta al cabo de un instante de estudiado silencio el caballero.

-¿Te interesa ese libro?

-Sí, me interesa mucho.

-¿De qué se trata?

-Es un libro nuevo que me ha traído de Madrid un amigo.

-¿De pastorcitos y zagalas?

-No; se trata de un caballero que deja su casa y va en busca de aventuras.

-¿Cómo nuestro Carlos?

El caballero no contesta; se hace una larga pausa: la dama, de entre el revoltijo de papeles ha sacado una miniatura, el retrato de un mozo, y la contempla. El campaneo lejano, acaso de un convento, ha terminado. En la estancia, al cabo de otro largo rato, la luz ha decrecido: tal vez con esta luz, un poco vaga, parece más bello el cuadro que cuelga del muro.

-¿Cómo nuestro Carlos? -repite la señora.

-No; Carlos ha ido a la guerra.

-¿Sufrirá mucho allí?

-Menos de lo que nosotros imaginamos; la vida al aire libre y el continuo ejercicio acrecen la resistencia.

-¿Terminará pronto la guerra?

-Cuando Dios lo disponga.

-¿Qué haces esta tarde?

-Voy con unos amigos. ¿Y tú?

-Espero a unas amigas.

El rayo de sol, que ha seguido desplazándose, rayo de sol ya un tanto pálido, el postrer rayo de sol de la tarde, ha ido a posarse en el negro sombrero y refulge el diamante del cintillo; con la proximidad de la noche, el perfume de ámbar parece más penetrante.

Todo calla; llega de la calle, por el arco que comunica con el zaguán, el tintineo de una campanilla y la voz de un muñidor; el muñidor de la Cofradía del Cristo de los Agonizantes que avisa la muerte, hace unos momentos, de un hermano.

El caballero y la dama se ponen en pie, y así permanecen breve rato silenciosos, fija la vista en el suelo, caídos los brazos y juntas las manos. Tiempo y eternidad; siglo XVII y todos los siglos; en Valladolid o en cualquier parte del cosmos. Diríase que, a causa de ese grito fúnebre, como figuras de retablo movidas, por invisibles hilos, la dama y el caballero han pasado en un instante de lo terrenal a lo extramundano.

Azorín

ABC, 1 de mayo de 1942

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

